

**De fantasmas indomables y rebeldes con historia.  
Notas sobre el Centenario del asesinato de Emiliano Zapata**  
**About indomitable ghosts and rebels with history.  
Notes about the Centenary of the murder of Emiliano Zapata**  
**De fantasmas indomáveis e rebeldes com história.  
Notas sobre o Centenário do assassinato de Emiliano Zapata**

JULIETA PAULA MELLANO\*

**RESUMEN:** El presente artículo se propone analizar la instrumentalización por parte del Estado mexicano del pasado revolucionario a propósito del Centenario luctuoso de Emiliano Zapata. Una revisión crítica sobre ciertos momentos históricos de la vida política de México contribuirá a comprender las continuidades y particularidades del momento actual. Los primeros actos del 10 de abril durante la época posrevolucionaria, los de la época cardenista tras el reparto agrario y la expropiación petrolera y el de 1994 tras la reforma al artículo 27, la puesta en marcha del TLCAN y el alzamiento del EZLN durante el gobierno de Salinas de Gortari serán nuestros contrapuntos y servirán como márgenes a la hora de estudiar las formas simbólicas en las que se institucionaliza la historia y se construye el discurso oficial. A cien años del asesinato del líder campesino –aún referente de las resistencias campesinas y populares a nivel nacional– nos seguimos preguntando por su apropiaciones y expropiaciones, sus alcances y sus límites tanto para el poder en turno como para los movimientos que se alzan contra la dominación.

**PALABRAS CLAVE:** *Centenario, Emiliano Zapata, discurso oficial, 10 de abril.*

**ABSTRACT:** This article intends to analyze the use by the Mexican State of the revolutionary past with regard to the lucrative Centenary of Emiliano Zapata. A critical review of certain historical moments in the political life of Mexico helps to understand the continuities and particularities of the current moment. The first acts of April 10th during the post-revolutionary era, those of the government of Lázaro Cárdenas after the agrarian distribution and the expropriation of oil, and that of 1994 after the reform of Constitution Article 27, the implementation of NAFTA and the rise of the EZLN during the government of Salinas de Gortari we will obtain our counterpoints and will serve as margins when studying the symbolic forms in which history is institutionalized and the official discourse is constructed. One hundred years after the assassination of the leader –even a reference of the peasant and popular resistance at the national level– we continue to ask about their appropriations and expropriations, their scope and limits both for the power of the day and for the movements that rise against the domination.

**KEYWORDS:** *Centenary, Emiliano Zapata, official speech, April 10th.*

**RESUMO:** Este artigo pretende analisar a instrumentalização do Estado mexicano do passado revolucionário em relação ao centenário de Emiliano Zapata. Uma revisão crítica de certos momentos históricos da vida política do México ajudará a entender as continuidades e particularidades do momento atual. Os primeiros atos de 10 de abril durante a era pós-revolucionária, os da era do Lázaro Cárdenas após a distribuição agrária e a expropriação de petróleo e os de 1994 após a reforma do Artigo 27, a implementação do NAFTA e a ascensão do EZLN durante

\* Doctoranda en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde desarrolla una investigación sobre la utilización del pasado rebelde en México y Argentina. Maestra en Estudios Latinoamericanos de la UNAM y Profesora de Historia de la Universidad de Buenos Aires. <julieta.mellano@gmail.com>

o governo Salinas de Gortari serão nossos contrapontos e servirão de margem ao estudar as formas simbólicas pelas quais a história é institucionalizada e o discurso oficial é construído. Cem anos após o assassinato do líder camponês –ainda se referindo à resistência camponesa e popular em nível nacional– continuamos a perguntar sobre suas apropriações e expropriações, seu escopo e limites tanto para o poder, como por sua vez, e para os movimentos que se levantam contra o dominação.

**PALAVRAS CHAVE:** *Centenário, Emiliano Zapata, discurso oficial, 10 de abril.*

**RECIBIDO:** 11 de noviembre de 2019 **ACEPTADO:** 10 de diciembre de 2019

*Encender en el pasado la chispa  
de la esperanza es un don que sólo se encuentra  
en aquel historiador que está compenetrado con esto:  
tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence.  
Y este enemigo no ha cesado de vencer.*

Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, 1942.

La particularidad mexicana de la Revolución que inaugura el siglo XX latinoamericano –y fundamentalmente la irrupción zapatista (Pineda Gómez, 2014) que inicia en 1911– hace que ésta resulte ineludible –en el plano político, cultural, simbólico e identitario– a la hora de realizar un análisis crítico sobre la actualidad de este país. Surge entonces el siguiente interrogante que cruza transversalmente el presente artículo: ¿Cómo y desde cuándo el Estado se ha apropiado de ese pasado como mecanismo de construcción de consensos? La Revolución es un elemento esencial en la construcción de la identidad nacional, entendida ésta en constante movimiento y disputa, como fuente de dominación y de resistencia. Identidad que no es más que “el sentido de la vida social”, en términos de Bolívar Echeverría: “es tanto engranaje de la reproducción como elemento esencial de la posibilidad revolucionaria” (Echeverría, 2001: 150).

De ese modo, la apropiación del pasado rebelde por parte del Estado abre un terreno de disputa que trae al presente la posibilidad de que la historia vuelva a ser contada, revisada, representada, cuestionada. Y a su vez, se presenta como desafío popular la expropiación-reapropiación del relato como instrumento de lucha y como habilitación del pasado para el ejercicio del presente. Lo revolucionario se gesta en el seno de ese recuerdo originario que vive latente en la memoria popular. Al tratarse de *momentos constitutivos* –en términos zavaletianos– en los que se condensa el tiempo de la dominación y en los que la revolución irrumpe constituyendo un nuevo paradigma, ese hecho se transforma en una referencia permanente.

Mito, historia, memoria aparecerán en este artículo como claves para comprender no sólo los mecanismos de consenso desde la oficialidad sino también las consecuencias político-culturales en la actualidad de la aplicación de aquellos dispositivos de poder y las posibilidades –o límites– que desde lo popular aparece a la hora de

recordar y reconstruir el pasado. Esto nos llevará a preguntarnos por la forma que adquiere el relato desde las resistencias, la apropiación y transmisión genuina de una resignificación histórica de los rebeldes y los efectos en las estrategias que todo aquel entramado identitario conlleva.

A comienzos de 2019 en el Municipio de Villa de Ayala, el nuevo gobierno nacional declaraba públicamente<sup>1</sup> a éste como el “Año del Caudillo del Sur”. Hacía pocos meses se había creado la Comisión por la Memoria Histórica y Cultural, que depende exclusivamente de la Presidencia de la Nación, y está dirigida por Beatriz Gutiérrez Müller, dejando en claro el peso que el pasado histórico tiene en la construcción oficial del discurso para el actual gobierno.

En aquel acto, el titular de dicha coordinación –Eduardo Villegas– afirmaba que Emiliano Zapata representaba la lucha por un “nuevo orden social como lo estamos intentando hacer quienes formamos parte de la Cuarta Transformación”. Por su parte, el presidente Andrés Manuel López Obrador dedicó sus palabras a narrar el inicio del levantamiento campesino (“contra los abusos de los hacendados y por la defensa de sus tierras”) y el origen de Zapata como dirigente del mismo, describiéndolo como tímido y de pocas palabras. En aquel relato identificó la lucha de Zapata con la de Francisco I. Madero –“gobernante bueno con buenas intenciones”– resaltando que el error fue no haber podido consolidar dicha alianza en el futuro. También aprovechó para anunciar los nuevos programas económicos para el campo y los jóvenes y debió finalizar su discurso haciendo alusión a lo que minutos antes miembros de la familia Zapata y otros espectadores del acto habían reclamado: la suspensión de la Termoelectrónica de Huexca (población del Municipio de Yecapixtla, en los Altos de Morelos) que en tiempos de campaña electoral López Obrador había prometido.

Desde entonces las tensiones comenzaron a presentarse. La respuesta del presidente fue ambigua, pero claramente iba marcando un camino: “tengo que meditar la suspensión porque el dinero invertido es de todos, y en caso de continuarse con dicha instalación los pobladores de Ayala estarán exentos del pago de luz”. Ya se veían los gestos de descontento del público presente, aunque era difícil adivinar el devenir de todo el proceso.

Lo que estaba claro era que, una vez más, la *imagen de Zapata*<sup>2</sup> sería vestida para la ocasión, y el Estado reconstruiría su propia analogía con el presente, logrando

<sup>1</sup> En diciembre de 2018 la Cámara de Diputados aprobó el decreto por el que se declara el 2019 como Año del *Caudillo del Sur*, Emiliano Zapata. También los legisladores modificaron la Ley del Diario Oficial de la Federación y Gacetas Gubernamentales, con objeto de dar por concluida la versión impresa de ese órgano informativo y difundir su contenido en aplicación electrónica.

<sup>2</sup> Referencia al texto de Francisco Pineda Gómez (2009) “Operaciones del poder sobre la imagen de Zapata, 1921-1935”.

la identificación necesaria para el consenso dominante. Lo que la memoria popular pudiese responder a dicho relato, aún estaba por verse.

## EL ÁNGEL DE LA HISTORIA Y EL PAPEL DE LA MEMORIA

El episodio narrado anteriormente debiera empujarnos a reflexionar en torno a cuáles son los fragmentos del pasado *apropiables* por el Estado; y por ende las causas y consecuencias de dicho mecanismo. Reaparece entonces un debate que aunque antiguo continúa vigente y despierta pasiones: la historia y la memoria; el pasado y el mito.

En esa línea, consideramos que el sentido de la historia está ligado a la experiencia, siendo que transformación-conservación de lo dado conviven contradictoriamente, y se expresa –entre claros y oscuros– en el terreno de lo simbólico, dentro del plano cultural. Una de sus dimensiones se manifiesta en la identidad del sujeto social, elemento de coherencia y de disputa entre lo dado como posible y la posibilidad de transformarlo. Ese tire y afloje entre uno y otro momento –escenario de la reproducción social– sólo se resuelve si el sujeto colectivo decide –en un contexto límite– transformar radicalmente su forma de vida. Según Bolívar Echeverría ese proceso revolucionario, en el que se reformula la identidad dada, remite a un tiempo originario/sagrado de refundación social, *un pasado que busca venganza*. Por tanto la cultura, escenario de esta lucha simbólica y material, se transforma en espacio de “cultivo crítico de la identidad”, la cual permanece en disputa constantemente, en movimiento y en contradicción.

Según Enzo Traverso, la idea de una “memoria colectiva” –aunque ahora se haya puesto en boga– siempre existió como fenómeno que moldea identidades: como estructura elemental está relacionada a la conmemoración de los muertos; luego se seculariza para centrarse en el mensaje hacia los vivos; durante el siglo XIX aparecen los valores laicos (la patria) y los principios éticos y políticos (el bien, la libertad) y se constituyen los hechos fundacionales como las guerras y las revoluciones que crean el sentimiento nacional; hacia mediados del siglo XX –fundamentalmente a partir de la *Shoah*– aparece la figura del testigo/sobreviviente que coloca en un primer plano la memoria, poniendo en entredicho la tarea convencional del historiador y “su método”. El papel del sujeto se ubica en un primer plano, aunque –y de aquí deriva uno de los principales nudos problemáticos– como testigo/víctima y no como héroe-protagonista, que poseía otro grado de responsabilidad en la historia. Este es un punto esencial en nuestro análisis puesto que veremos cómo el sujeto, aun siendo creador de relatos desde la subalternidad, puede reproducir los discursos del poder al asumirse como víctima de aquél y no como redentor de un pasado que le pertenece.

Eso sí, un punto clave es entender que la memoria colectiva es siempre una “construcción filtrada por conocimientos adquiridos posteriormente, gracias a la reflexión

que sigue al acontecimiento, gracias a otras experiencias que se superponen a la primera y modifican el recuerdo” (Traverso, 2005: 22) y a su vez, se encuentra matizada por el presente. Por tanto, se necesita encontrar el equilibrio justo entre empatía y distanciamiento, entre reconocimiento de singularidades –memoria– y puesta en perspectiva general –historia–, que para Traverso sería a través de “la conciencia histórica”. Esto es lo que nos proponemos combinar en este artículo para lograr una síntesis coherente y crítica sobre los usos del pasado en el presente.

En todo caso, esto se parece más a un intento de genealogía (en sentido foucaultiano) en el que la reconstrucción de la historia parte de los problemas de la actualidad y busca encontrar los hilos del discurso constructor de ideas que por momentos aparecen como verdades y por momentos se descartan como *sinsentidos*, mitologías populares o creencias del pasado. Poner el foco en los silencios y las derrotas –en boca de la oficialidad– nos brinda herramientas para cuestionar el relato del presente y encontrar las razones de aquellas exclusiones. La tarea de la contrahistoria (Foucault, 2004) es pensar la memoria como un constructo viviente que sólo tiene sentido desde los ojos del presente y que se disputa políticamente porque nos habla de lo que somos.

El Estado estandariza la memoria y moraliza la historia, construyendo un sentido común dominante que se alimenta de la memoria colectiva existente, muchas veces portadora de elementos liberadores que construyen la siempre cambiante y contradictoria identidad nacional. Y tal como lo afirma el historiador francés Raoul Girardet, es en momentos de crisis o rupturas donde las mitologías se intensifican, reformulan y potencian.

La identidad nacional mexicana se ha construido –y se construye en el presente– sobre la base de mitos de dominación que se alimentan vorazmente de ciertos sucesos e hitos fundacionales, fundamentalmente sostenidos en el pasado periodo insurreccional mencionado. Algunos de los temas que alimentan aquella construcción son: la violencia, el poder, la relación entre el campo y la ciudad, la idea de nación y la “cuestión indígena”, entre tantos otros que sólo dejaremos mencionados. Y varios son los hitos, transformados en mitos dominantes, sobre los que se cimientan aquellos pilares de la identidad nacional. Algunos de aquellos lugares comunes del relato que perduran hasta el presente se sostienen en las siguientes construcciones discursivas: “las guerras fratricidas”, “la silla presidencial”, “la revolución campesina”, “el atraso indígena”, la historia “de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución” (Womack, 2011: XI). Mitos que no sólo se repiten en los libros de textos escolares –desde la época cardenista hasta la fecha– o en las películas financiadas por el Estado y desde las industrias culturales nacional e internacionales, sino que fueron también acogidos y reproducidos por la historiografía revisionista, e incluso por los movimientos sociales en la actualidad. Haremos un breve repaso sobre esto más adelante.

Thomas Benjamin en su libro *La Revolución Mexicana: memoria, mito e historia* elabora un análisis interesante que integra los elementos de la memoria colectiva, los mitos nacionales y la historiografía para reconocer al pasado como un terreno de disputa:

Así como el poder, el pasado es disputado en la política, la guerra y la revolución [...] Los más poderosos privilegian determinados recuerdos y mitos a costa de otros y buscan crear una memoria oficial (con miras a convertirla en nacional o dominante) para así legitimar la autoridad existente (Benjamin, 2005: 40).

Considerando que el verdadero sentido del estudio de la historia es partir desde el presente, buscando en el pasado huellas que permitan comprender los aspectos discursivos que en la actualidad perviven, planteamos que en México la construcción de esos mitos implica la reproducción de lógicas políticas que –fundamentalmente para los movimientos sociales– implican un abandono de la lucha por el poder.

Un estudio reciente realizado por Mario Bravo Soria (2017) analiza lo que él nombra “Dispositivos de Contrainsurgencia Simbólica”, que alimentan los mecanismos de construcción del “miedo como idea política” a través de los medios de difusión masiva. Valiéndose de imaginarios coloniales reactualizados, aquellos “Dispositivos” crean un consenso general de dominación sustentado en el racismo y la consecuente inferiorización del otro. La materialización de esta construcción –aparentemente simbólica– es la prueba fehaciente de las consecuencias políticas de las prácticas subalternas. Entonces, el silenciamiento de la práctica política, la apelación a las simples pasiones y deseos (acciones propias de los sectores populares) que por supuesto subestiman la capacidad de transformación de los mismos y una “pedagogía contrainsurgente” que fomenta el miedo, la desconfianza y la apatía, construyen un sistema de subjetividades que da sustento a la hegemonía. En su estudio, Bravo Soria demuestra la operatividad de aquellos “Dispositivos” a comienzos del siglo XX con la criminalización de Zapata y su movimiento. En esto también nos apoyaremos para el análisis crítico que este artículo se propone.

Francisco Pineda Gómez –en una entrevista a propósito del centenario del asesinato de Emiliano Zapata– denunciaba los dispositivos de la dominación que tienen un origen y un porqué. Sus reflexiones servirán como base para el análisis de los nudos problemáticos que fueron construyendo la historia de los actos oficiales que analizaremos en los siguientes apartados.

El régimen emanado de la Revolución Mexicana se apropió de la Revolución y seleccionó lo que quería: Madero, Zapata, la frase sufragio efectivo, el título del *Plan de Ayala*, pero el contenido nunca lo van a decir, porque es la declaración de guerra contra Madero (*La Jornada*, 31/05/2019).

## DIEZ DE ABRIL EN DISPUTA: BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

Como mencioné en un inicio, tomo como punto de partida la insurrección zapatista (Pineda Gómez, 2014) porque es necesario el recorte temporo-espacial de la llamada “Revolución Mexicana”, y porque considero que dicho recorte responde a una situación de crisis y reconfiguración estatal particular. Inclusive la formación política, económica y social que se desarrolló durante el periodo zapatista en Morelos (nombrada por Gilly como “Comuna de Morelos”) puede ayudarnos a contrastar significativamente con el periodo posterior. Sería, en términos de Bolívar Echeverría, el *momento sagrado*, de refundación, el punto de inflexión de la memoria colectiva, el *instante de peligro* que el ángel redentor intenta rescatar.

Momento, entonces, en que el Estado adquiere su forma hegemónica, tras la destrucción de las rebeliones populares que pusieron en jaque la dominación. Momentos en que la historia debe funcionar como elemento principal en la mitificación del pasado y en el discurso oficial conciliador. La posterior llegada de la “democracia de masas” (liderada por Lázaro Cárdenas del Río) significó a su vez una actualización de aquella apropiación: la reivindicación del pasado revolucionario para ponerle fin a sus demandas y concluir la consolidación hegemónica del Estado. Aquello con la contracara de un movimiento popular cada vez más heterónimo respondiendo a la lógica estatal y configurando un determinado entramado cultural que intentó definir los límites de la identidad nacional mexicana.

La apropiación del pasado rebelde (el momento “sagrado” de la insurrección popular) en este contexto es un ejemplo claro de la construcción hegemónica de la dominación, edificio simbólico que pervive hasta el presente (los mitos que son parte de la identidad nacional mexicana dan cuenta de aquello). Sin embargo, aquella construcción no es unidireccional, sino que implica una adopción popular y una resignificación propia desde los subalternos que van moldeando aquellos retratos del pasado que reaparecen en la escena cotidiana a partir de ciertos sucesos. Por supuesto, la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y su apropiación simbólica del legado zapatista en un contexto de fuerte crisis hegemónica del Estado es una clara muestra de los contrasentidos que se manifiestan en un proceso de disputa del discurso popular. Inclusive, el EZLN fue más allá y logró construir un Zapata redentor de la identidad indígena, Votán Zapata, colocándolo en el centro de las ideas mayas en relación a la creación de la humanidad y de la reencarnación de las deidades que promovieron las rebeliones anticoloniales.

El proceso histórico de tergiversación del pasado y la utilización retórica, política, social por parte del Estado –desde el periodo posrevolucionario en adelante– ha sido estudiado en lo general. En el presente, los trabajos de historiadores mexicanos

como Francisco Pineda Gómez, Salvador Rueda, Adolfo Gilly –entre tantos otros–, o norteamericanos como Thomas Benjamin y Samuel Brunk, dan cuenta de la actualidad académica de este debate. La apuesta del presente análisis es ir más allá de una descripción lógica y ahondar en la actualidad, con el objetivo de ir reconstruyendo los mitos fundantes y sus problemas, la reproducción de los mismos y los desafíos culturales que se exacerban con el tiempo. Esto en el marco de una investigación general que está en marcha.

Por el momento, y a propósito del Centenario Luctuoso, haremos un breve recorrido crítico por los actos públicos del 10 de abril que coronaron aquellas etapas históricas: 1920 y 1924, con Obregón y Calles, periodo de consolidación del Estado posrevolucionario; 1939, a 20 años del asesinato de Zapata y 1940, tras el fin del mandato de Cárdenas; y 1994, posterior a la reforma del artículo 27 de Salinas de Gortari y tras el alzamiento del EZLN; hasta llegar a la actualidad con “El año del Caudillo del Sur” en un contexto de aparente reconfiguración estatal.

## Zapata-Estado. Finos mecanismo del poder en el periodo posrevolucionario

Tras la emboscada orquestada por el gobierno de Venustiano Carranza, es asesinado el general del Ejército Libertador del Sur, Emiliano Zapata, el 10 de abril de 1919. “La muerte del cabecilla”, como lo enuncia Carranza en su informe de gobierno dictado el 1º de septiembre de 1919 ante la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso, significó el coronamiento de una de las masacres más largas y profundas que llevó a cabo el Estado mexicano en su conformación (Pineda Gómez, 2019). Entre tantos usos que se le da al pasado, uno de ellos, el de la necesidad de un discurso común-dominante, fue fundamental en esta etapa de la historia: luego de una masacre como aquella, se torna necesaria la construcción de consensos que absorban –y nulifiquen– el conflicto, las posibilidades de otra revolución. En este sentido, el elemento simbólico y discursivo –subjetivo finalmente– se vuelve fundamental a la hora de construir hegemonía.

Desde la primera conmemoración luctuosa de Zapata en 1920 con Álvaro Obregón hasta el reparto agrario de Lázaro Cárdenas se consolida la institucionalización del pasado rebelde:

Como hemos visto, Zapata fue apropiado en los años veinte, por los políticos nacionales y puesto en el medio ambiente de la Ciudad de México, donde varios artistas y escritores promulgaron su culto. Al menos por el régimen de Cárdenas, el proyecto cultural de un Estado en expansión estaba difundiendo memorias de Zapata por todo el país (Brunk, 2000: 384).



El mencionado Thomas Benjamin, como otros autores referentes del tema (Gilly, 2015; Pineda, 2000; Rueda, 2000), coinciden en ubicar la década de 1920 como la época de institucionalización de la revolución, construyéndola en “religión civil” con el objetivo de unificar a la “familia revolucionaria”. En ese sentido, la revolución se convertiría en la religión de la patria mexicana (algo similar a lo ocurrido durante la III República francesa). Durante esa década hay un esfuerzo mayor por construir la memoria nacional (en ese sentido, los festejos en 1921 por el centenario de la Independencia son importantes) a partir de ciertos elementos del discurso que se volverá dominante: por un lado, la idea de que la revolución finalmente se transformó en gobierno; por el otro, la construcción genealógica de la familia revolucionaria y sus referencias (Madero como héroe; Obregón como heredero; Carranza como pausa; Zapata como apóstol del agrarismo). Luego del triunfo del “grupo Sonora” tras la caída de Carranza, y la incorporación de los zapatistas locales al entramado gobernante, se dio lugar a un preciso proceso de heroificación de Zapata con el objetivo de lograr aquella unificación revolucionaria y transformar las exigencias de los rebeldes en “un proyecto revolucionario nacional”. Salvador Rueda, quien fuera uno de los principales responsables, junto a Laura Espejel, Carlos Barreto Mark y Francisco Pineda Gómez, de la recopilación de fuentes zapatistas y entrevistas a ex combatientes del Ejército Libertador del Sur, afirma que “la subversión campesina se convirtió así en oposición a los mismos enemigos del gobierno (hacendados, latifundistas, etcétera)” (Rueda, 2000).

Ya en Morelos, algunos ex zapatistas se habían hecho cargo del gobierno y de la institucionalización de la restitución agraria. En ese contexto, el 10 de abril de 1921 se hizo allí el primer acto en conmemoración al asesinato de su jefe y entre tantos otros funcionarios del gobierno central, la corona que enviara José Vasconcelos (quien desistió de asistir a la invitación) generó intrigas y recelos. Sin embargo, el rector de la Universidad Nacional se encargó de aclarar que sólo envió “una corona a un muerto” (Pineda Gómez, 2010). Aquel acto contradictorio insinuaba los manejos que desde el Estado se harían para incorporar la figura de Zapata al panteón nacional, aunque negando la actualidad de su lucha y las propias impresiones que desde el poder pervivían: “muerto Zapata, que era la lacra del zapatismo, habían quedado en pie sus mejores auxiliares, los cultos”. Vasconcelos expresaba directamente su odio racista, refiriéndose al Ejército Libertador y a Zapata como bárbaros e incultos: “una tribu incapaz de tener nunca un plan revolucionario”. Así funcionaban los dispositivos del poder que se apropiaban de la figura de un líder creando una parafernalia propia del circo dominante a la par que negaban la capacidad organizativa de los pueblos que se alzaron durante la revolución apelando a juicios colonialistas propios del sector social representado.

En la conmemoración celebrada el 10 de abril de 1922, durante el gobierno de Álvaro Obregón, Zapata pasó de “el cabecilla muerto” al símbolo de la revolución hecha Estado. La oficialidad lo convirtió en un luchador incorruptible (enalteciendo

el carácter moral de su lucha, por sobre la radicalidad de sus ideas). Esto permitió (y en los hechos, la incorporación de muchos líderes del Ejército Libertador del Sur al gobierno de turno, como se mencionó anteriormente) la argumentación lógica de la entrada de la base campesina al aparato del Estado. A su vez, es el propio Antonio Díaz Soto y Gama, referente fundamental del movimiento zapatista, quien elogia a Obregón como ejecutor de las ideas de Zapata.

El 10 de abril de 1924, el nuevo presidente Plutarco Elías Calles conmemoró al líder morelense con el siguiente discurso: “Y ahora una vez más es necesario que sepa la reacción mexicana y la reacción extranjera que yo estaré siempre con los principios más avanzados de la humanidad. Que sepa una vez más que ese programa revolucionario de Zapata, ese programa agrarista es mío” (*El Nacional*, 11/04/1921). Calles, a diferencia de Obregón quien contaba con una legitimidad poco cuestionada, necesitó crear su propio marco de consenso. De ahí la traza directa entre el programa zapatista y el suyo, sin metáforas. A su vez, el panteón de héroes se había ampliado, ya cabían en él desde Flores Magón hasta Carranza, incluyendo por supuesto a Villa, Zapata y Madero en un margen de amplio espectro. Es en ese mismo contexto que obregonistas y carrancistas se unen creando el Partido Nacional Revolucionario en 1929, incorporando de lleno la revolución en el Estado en pos de construir una mirada homogénea del pasado rebelde. La revolución se había hecho rito, celebración y monumentos, se había hecho tradición.

A partir del asesinato de Obregón en julio de 1928, la historia oficial debió robustecerse y reparar todas las grietas en los cimientos del nuevo Estado para combatir la crisis de dominación que existía. Desde entonces comenzó una estrategia de homogeneización del discurso a través de la transmisión de las publicaciones estatales en escuelas, y las ceremonias y la construcción monumental. Y debió ir adecuándose a la percepción popular de la revolución, entendiendo a ésta como una contra-memoria capaz de desafiar la construcción dominante. En ese sentido, el papel del muralismo como dispositivo de poder, instructor y también puente dialéctico entre la memoria popular y la historia oficial, fue clave en este periodo, y a su vez expresó las contradicciones que habitan en los instrumentos ideológicos dominantes. De este forma, Diego Rivera –por encargo del secretario de Educación Pública, el ya caracterizado José Vasconcelos– comenzaba a pintar la historia de Morelos (en el Palacio de Cortés en Cuernavaca) y la historia de México (en el Palacio Nacional ubicado en la Ciudad de México) convirtiéndose en el encargado oficial de traducir en murales la nueva ideología dominante, el nuevo relato de la Revolución Mexicana. En palabras de Thomas Benjamin, “el muralismo” es la expresión del idealismo filosófico de Vasconcelos”. En esos murales se logra ver que en los momentos de más conflictividad social, como la Independencia, la Guerra de Reformas y la Revolución de la década de 1910, sus protagonistas conviven sin ninguna enemistad: entonces aparecen de manera armoniosa en

una misma hilera Díaz, Madero, Huerta, Carranza y Villa. Obregón y Calles ostentan la bandera mexicana como legado de la revolución. El rostro de Zapata aparece por encima de todos, reproduciendo el mito de los caudillos y los héroes-mártires de la revolución. Pero hay algo más llamativo: es Zapata quien legitima el Estado, ocupado por los mismos que no sólo lo traicionaron a él sino a los principios fundamentales, como la nacionalización de los recursos, la propiedad de la tierra, la expropiación industrial, el gobierno en manos del pueblo.

Con ello, Zapata se volvió un símbolo que educaba dentro de un proyecto que hacía resaltar los elementos de identidad de “lo mexicano”. De esta forma, olvidándose de la denigrante caricatura política de la década revolucionaria, los grabados y dibujos con el tema Zapata (vivo, muerto, a pie, a caballo), con letreros de “Tierra y Libertad”, del taller de la Gráfica Popular y los Zapatas del muralismo, engrandecían su figura como la más auténticamente revolucionaria y popular (Rueda, 2000).

### Lázaro Cárdenas: “el mejor zapatista de México”

En 1934, quien fuese parte del proceso revolucionario a partir de 1913, gobernador de Michoacán (en donde había puesto en funcionamiento la Ley de Dotación y Restitución de Tierras), luego presidente del Partido Nacional Revolucionario (PNR), es elegido presidente de la república. El general Lázaro Cárdenas del Río se convertiría en el encargado de la mayor redistribución de tierras habida hasta el momento y con ella, la consolidación del sistema corporativista mexicano, a través de la organización nacional campesina y obrera. A la par se delinea de manera más homogeneizadora la instrucción pública y se introducen doctrinas socialistas adecuadas a las establecidas lógicas corporativistas y heterónomas. Para esta época los elementos del mito del México moderno se conjugan en un sólo relato que se ve coronado por la “Revolución Mexicana” como un proceso que ha llegado a su fin con la presidencia de Lázaro Cárdenas del Río: “La lucha de Zapata no fue estéril puesto que millones de campesinos están ya emancipados por el ejido, protegidos por el crédito y la organización que el Estado les imparte y en vías de asumir plena responsabilidad de la producción agrícola” (*El Nacional*, 10/04/1937).

Él pareciera encarnar la síntesis de las demandas populares que dio origen y sostuvo la revolución, así como el “unificador político” de las distintas facciones. Ya en 1931 los diputados habían agregado el nombre de Zapata –junto al de Venustiano Carranza, su verdugo– en letras doradas, junto al de Madero, Obregón y Carrillo Puerto, y los héroes de la Independencia y la Reforma. De esta forma, el PNR construye la “historia revolucionaria” a partir del Archivo Histórico de la Revolución, el Museo de la Revolución y la comisión para escribir la historia de la misma que luego se convertiría en

discurso oficial y manual escolar. Las fuentes primarias más importantes salieron de los escritos reunidos por el ex zapatista Gildardo Magaña en los varios volúmenes de “Emiliano Zapata y el agrarismo en México”.

Eso sí, Cárdenas no dedica palabras en las conmemoraciones del 10 de abril, aunque sí aparecen menciones en su *Apuntes* y por supuesto en el nombramiento de ejidos, escuelas, comunidades o instituciones gubernamentales. Mecanismos para consolidar el proyecto cardenista que no precisa de grandes discursos presidenciales para legitimarse como continuador. Y en eso se corona la inauguración del Ingenio de Zacatepec en 1934 que lleva el nombre de Emiliano Zapata y que pone a disposición de uno de los principales referentes zapatistas del estado de Morelos, Rubén Jaramillo. De la misma manera, a través de los libros de la Secretaría de Educación Pública que empiezan a aparecer en 1935, la figura del líder suriano se va condensando institucionalmente como el bigotudo y de sombrero que lleva consigo el lema “Tierra y Libertad”. La apropiación estatal aparece implícitamente en el reparto agrario o explícitamente en sus voceros más polémicos:

Por eso al conmemorar este aniversario de la muerte de Zapata los campesinos del país están tranquilos porque saben que se les está entregando la tierra [...] tranquilidad material y espiritual para sentirse hombres libres, puntos cardinales todos estos del auténtico programa de Zapata se convierte hoy en realidad y nos parece que veinte años después de asesinado en Chinameca, satisfecho se levanta dando su mano de labriego y de luchador a Cárdenas sucesor del caudillo, por capacidad espiritual, por comprensión espiritual y humana de los problemas colectivos del pueblo –y cierra Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México, en el acto del 10 de abril de 1939 en la Ciudad de México– “Los revolucionarios, si quieren ser sinceros, tienen que ser leales a sus deberes hoy” (*El Nacional*, 11/04/1939).

Un año más tarde, mientras concluía el último periodo de gobierno de Cárdenas, es el propio Lombardo Toledano quien explica que si la tierra había sido el logro zapatista, la conquista del subsuelo correspondía al cardenismo, y además traza esa línea de continuidad entre uno y otro que aferra la lealtad zapatista al Estado:

Una vez más vengo en nombre del proletariado mexicano a rendir homenaje a la memoria de Zapata [...] Lázaro Cárdenas, que ha enriquecido con su obra la iniciada por Zapata, es el mejor zapatista de México. Los que se oponen al desarrollo de su obra, los que se oponen a ello, son traidores a su jefe... Y tras una ligera pausa para tomar aliento, el orador dirigiéndose a las tribunas donde están presentes los sobrevivientes de Chinameca y también presentes los representantes de nuestro ejército, prosigue: “Los que trabajan por la realización del Plan de Ayala, lo hacen ahora por la cabal entrega de las tierras [...] hombres con un uniforme hoy, que ayer defendieron la libertad con sus fusiles para defender los ideales del zapatismo” (*El Nacional*, 11/04/1940).

El periodo cardenista se cerraba con el acento puesto en la soberanía petrolera, frente a un contexto internacional incierto de guerras y desastres humanitarios. El reparto agrario se cubriría de este manto de bienestar que dibujaba la pervivencia del legado zapatistas con Cárdenas, trazando el relato unívoco del proceso revolucionario.

Los años sucesivos estarán destinados a alimentar historiográficamente ese relato. El primer historiador que sostuvo la imagen pueblerina de Zapata como un estandarte de su lucha –y quien conservó los famosos documentos primordiales de Anenecuilco durante 40 años– fue Sotelo Inclán. Él será esencial en la construcción de la idea romántica y localista del origen de Zapata y su apego a Anenecuilco por sobre cualquier otra identidad. Aparecerá en el cine la figura del General en Jefe encarnado por quien terminó convirtiéndose en un representante estelar de la industria cultural norteamericana, Marlon Brando, recreando una historia novelada, estereotipada y vaciada de contenido social y crítico, pero que le otorgó a Estados Unidos la potestad en el relato del pasado mexicano. En 1953, se fundará el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM, renombrado como de “las revoluciones mexicanas”) a cargo de Salvador Azuela a propósito de una apuesta estatal por reconstruir la Historia de la Revolución Mexicana, que incluye a la Constitución de 1917 como la síntesis mejor lograda de las demandas populares y que caracteriza a la revolución como popular, nacionalista y democrática.

## Zapata en disputa: el territorio en crisis y la posibilidad revolucionaria

Llegamos a un contexto de crisis hegemónica, antecedida por un periodo de fuertes represiones por parte del Estado, reconfiguración económica del poder y de avanzada de distintas formas de organización política de la sociedad. Todo esto provoca un quiebre del partido en el poder (ahora Partido Revolucionario Institucional - PRI) del que se desprenden quienes llevarán a Cuauhtémoc Cárdenas –hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas del Río– en coalición con fuerzas de izquierda (Frente Democrático Nacional, que luego se convertiría en el Partido de la Revolución Democrática, PRD), con una plataforma nacional en rechazo a la posición dominante que apuntaba a la continuidad más marcadamente neoliberal. A la par de la candidatura, estalló espontáneamente un movimiento popular de apoyo masivo, cuyas demandas sobrepasaban la mera candidatura de Cárdenas. El día de las elecciones (6 de julio de 1988), la “caída del sistema” interrumpe el conteo, justo cuando las cuentas iban a favor de Cuauhtémoc Cárdenas. Por supuesto, los resultados oficiales terminaron colocando a Salinas de Gortari como triunfador. El conflicto continuó meses y años después, a través de movilizaciones, tomas de presidencias municipales y diversas formas de protesta que, en cierto sentido, marcarán rupturas irresolubles entre una base popular

decidida a desconocer a Salinas y una dirigencia partidaria –en la que se incluye al propio Cárdenas– que llaman a aceptar los resultados y concentrar las energías en una reforma electoral para garantizar mejores condiciones en futuras contiendas. Mientras tanto, la respuesta del Estado al descontento popular fue la fuerte represión, detenciones, asesinatos y desapariciones forzosas.

Antes de ser presidente, en plena campaña electoral, ya Salinas anticipaba su estrategia de reinención de Zapata. En Tlaltizapán, Morelos, el 10 de abril de 1988 enunció un discurso que al posicionarlo más allá de las conmemoraciones tradicionales, demostró su apego personal a la imagen del líder suriano. Palabras que recitaban de memoria a un Zapata íntimo, familiar, sentimental; un hijo nombrado Emiliano; sus propios estudios volcados al análisis del México rural de la mano de John Womack. Sin embargo, esto no garantizó la estabilidad del mito dominante. En todo caso, abrió el escenario para que las demandas de reformas y mejoras en el campo, de democracia y libertad, volvieran a la boca de quienes se llamaban herederos legítimos de Zapata. Salinas volvió a Morelos con frecuencia: para devolver los famosos “títulos primordiales” a Anenecuilco, para fungir como reconstituyente del “ideario campesino”, en definitiva, para ir allanando el terreno con el objetivo de legitimar la reforma al artículo 27 constitucional, estandarte institucional del legado zapatista:

A pesar de sus muchos mensajes en el sentido opuesto, Salinas obviamente sabía que Zapata era un obstáculo para su programa. No quería atacarlo directamente, por lo que adoptó una estrategia mixta: mientras que lo utilizaba y exprimía al máximo, mediante la educación esperaba expulsar al viejo Zapata –gradualmente, con elegancia, con discreción– de su lugar central en la vida política de México (Brunk, 2019: 279).

La crisis institucional se acelera: el 1 de enero de 1994 con la entrada en vigor del TLCAN, el EZLN le declara la guerra al Estado en nombre de Villa y Zapata. Salinas responde militarmente, pero a su vez les ofrece una amnistía en un discurso plagado de sentidos y contrasentidos: detrás suyo el cuadro de Carranza se avizora como una sutil amenaza y a su vez, la capacidad del Estado de congregarse en su seno a las distintas expresiones –en este caso contrapuestas– del periodo revolucionario.

Salinas presidirá el acto público del 10 de abril de 1994 en Cuernavaca, con un discurso que refuerza principalmente el carácter revolucionario de su reforma al artículo 27 constitucional –que en los hechos implicaba la enajenación de las tierras comunales y ejidales para el usufructo individual–. De esta forma aseveró que no iba a haber retroceso en las reformas “a favor del campo” ya que éstas habían sido demandas del pueblo evidenciadas porque “los instrumentos anteriores le quedaban chicos al país que teníamos”. En aquel acto se encargó de enunciar todos los planes sociales y apoyos económicos que había otorgado al campo en forma de Procede (400 mil títulos en Morelos), a su vez que recalcó la iniciativa de entregar individualmente los apoyos,

evitando intermediarios: “En el ciclo otoño-invierno alrededor de 700 mil campesinos van a recibir en propia mano su cheque de apoyo directo”. Una vez más, Zapata continuaba su *trayectoria póstuma* (Brunk, 2019), ahora en manos de quien revertía cabalmente la lógica comunal de la propiedad de la tierra: “La lucha del caudillo del sur sigue vigente. He venido a estas tierras a conmemorar el 75 aniversario de la muerte injusta e inaceptable de Emiliano Zapata y también 75 años de compromisos y trabajos a favor de los campesinos” (*La Jornada*, 11/04/1994: 1).

Por su parte, Riva Palacio López, quien fuese gobernador de Morelos, reafirmó el mecanismo corporativista del propio acto, así como la justificación histórica de la reforma constitucional:

Nos es grato que esta celebración se haga en el marco de la entrega de 15831 certificados de derechos agrarios, que dentro del Procede materializa, en los hechos la modernización que, para adecuar al mundo actual, se ha hecho a la norma que el Constituyente mexicano formulara con base en los programas derivados del Plan de Ayala, donde precisamente se concretaron los pensamientos e ideales que animaron la lucha de Zapata por lograr justicia para los campesinos; reforma, libertad, justicia y ley, que se han manifestado en la adecuación que da base a la nueva reforma campesina [...] Así –concluyó el mandatario estatal– se realiza un acto de justicia agraria al otorgar los títulos y el apoyo económico que permitirá a los campesinos de México obtener la justicia y proyectarse para el futuro en la democracia y en la libertad que, dijo, se disfruta en México (*La Jornada*, 11/04/1994: 1).

En contraparte, cientos de organizaciones campesinas independientes promovieron la Jornada Nacional Zapata Vive en diversos estados para conmemorar la muerte del General en Jefe Emiliano Zapata para reclamar la derogación de las reformas al artículo 27 constitucional, apoyando a su vez la lucha del EZLN. Esto puso en el centro la disputa ideológica por el control de la memoria zapatista en un contexto de tensiones entre “un sector del país que preconiza el fortalecimiento de las acciones oficiales de apoyo al agro, y otro que demanda una modificación del marco legal y de una redefinición de la presencia campesina e indígena en la vida política” (*La Jornada*, 11/04/1994: 2). En el comunicado que hizo público la Comandancia General del EZLN y que se leyó en el acto celebrado en el Zócalo ante más de 50 mil personas, se clamaba la renuncia del presidente y se advertía: “Zapata no morirá por soberbio decreto” –haciendo alusión a la reforma constitucional–, y continuaba: “el derecho a la tierra para quien la trabaja es irrenunciable y el grito guerrero de ¡tierra y libertad! sigue sin encontrar descanso en estas tierras mexicanas” (*La Jornada*, 11/04/1994: 5). Por su parte, Antonio García de León escribía una crónica sobre la jornada de lucha:

Sus renovadas huestes entran hoy a la ciudad, como en 1915, exigiendo un moderno proyecto agrario, inmerso en una fraternal utopía de nación pluricultural, pluriétnica y hecha de tolerancia y respeto. Llegan exigiendo a gritos su lugar en el progreso y

la modernidad. Porque este movimiento no quiere más cargar sobre sus espaldas la perversa tutela del Estado y ya no entiende el viejo lenguaje de los laberintos burocráticos, de las promesas y las concertaciones, que son la nueva máscara de la añeja traición [...] Esta sorprendente oleada tiene su origen más reciente en el extenso movimiento campesino de los setentas y los ochentas, inspirado en el nombre de Zapata y en la fecha de su primera muerte (*La Jornada*, 11/04/1994: 6).

Estaba claro el partaguas que estos actos marcaron en la historia de las conmemoraciones luctuosas: la figura de Zapata como instrumento político de la dominación *versus* las expropiaciones populares que desde los movimientos se ejercían.

## EL PRESENTE DE LOS MITOS Y LA HISTORIA A CONTRAPELO

De la revisión de estos discursos oficiales y las intencionalidades que detrás se esconden, interesa resaltar dos de los principales mitos que se han construido –que calan profundamente, no sólo en el discurso común dominante, sino también en las perspectivas ideológicas y políticas de la mayoría de los movimientos sociales hoy en México– y que esconden el objetivo específico de borrar la posibilidad de triunfo y de disputa por el poder de los sectores populares. En la revisión de los actos del 10 de abril aparecen dichos mitos repensados para la ocasión. Éstos son, por un lado, que el Ejército Libertador del Sur “no tenía un proyecto político nacional”; y por el otro, que “Zapata no quería el poder”. Me centraré en la exposición de dos fuentes primarias que nos darán elementos para realizar un análisis crítico de los mitos dominantes.

El primer constructo se basa en la idea de que los zapatistas de principios del siglo XX no tenían un proyecto nacional, sino que sus demandas –centradas en el tema campesino-indígena– se concentraron en Morelos, y en él su accionar. El relato que lleva adelante John Womack ha hecho fecunda esta visión.

En la década del sesenta hubo un redescubrimiento de México por parte de los historiadores y antropólogos norteamericanos que se orientó a los estudios regionales, revitalizando el estudio de las rebeliones campesinas. En la mirada de Womack –representante de aquella corriente intelectual–, las comunidades auténticas se contraponen a las fuerzas del “progreso” moderno. Esto construye la idea de una sociedad tradicional, campesina, cerrada con costumbres ancestrales que le da sentido a su vida cotidiana y que se enfrenta directamente a cualquier posibilidad de transformación. Algo que es congruente con su caracterización conservadora de la revolución campesina en México. Esto marca la visión binaria propia de la construcción mitológica del pasado: comunidad *vs* progreso; costumbres *vs* transformación; antigüedad *vs* modernidad. Allí lo que aparece como determinante es el valor ético y no el carácter político de los proyectos que se contraponen. Así describe Womack al pueblo natal de Zapata, Anenecuilco, como reservorio de pureza originaria y sus personajes principales como



esencias míticas de la eticidad política. De esa forma se delimitan los rasgos míticos del héroe, cuya familia pertenece a una estirpe ancestral que “lleva en los huesos la historia de México” (Womack, 2000: 3-7) y que expresaba los sentimientos de su pueblo como principal objetivo de lucha. Entonces, la mirada romántica, conservadora, anquilosada y localista de la organización campesina liderada por Emiliano Zapata se ve fuertemente sustentada en este análisis que no ha sido sólo el trabajo archivado de un historiador, sino la base argumental de muchos discursos y sobre todo de la visión gubernamental del momento.

Aquella mirada oculta la complejidad política que contiene el Plan de Ayala – firmado el 25 de noviembre de 1911 por los rebeldes que se alzaban contra un gobierno que desconocía sus demandas–: proyecto de poder y de apuesta por la transformación, por una liberación nacional. Entre los puntos principales de este Plan están: la restitución de tierras, montes y aguas, la confiscación de los monopolios y la nacionalización de los bienes del enemigo. En cuanto a la forma inmediata de ejercer el poder, se proponía que fuese la Junta de Principales Jefes Revolucionarios la que nombrara un Presidente interino que convocara a elecciones para la organización de los poderes federales, demostrando su vocación nacional y la disputa por el poder.

La iniciativa zapatista de nacionalizar el petróleo fue archivada por la Convención de 1915. Pero en ese año, los zapatistas nacionalizaron los 34 ingenios azucareros que había en el estado de Morelos y establecieron las Fábricas Nacionales de la revolución del sur. Fue Emiliano Zapata, un campesino y general del Ejército Libertador del Sur, quien dirigió a los obreros y organizó la producción. La significación histórica de esta experiencia rompe con prejuicios milenaristas que se han impuesto sobre los trabajadores del campo. Fueron Fábricas Nacionales de los campesinos y de los obreros zapatistas, una experiencia excepcional para el momento histórico. Los campesinos revolucionarios derrotaron la primera invasión carrancista. En febrero de 1917, las tropas al mando de Pablo González fueron expulsadas de Morelos. Inmediatamente, comenzaron las tareas para reorganizar las fuerzas del pueblo y su Ejército Libertador. Algunos de estos elementos expuestos sólo de manera superficial muestran los límites de la interpretación oficial y también nos ayudan a pensar algunas posibles explicaciones sobre el porqué de aquellos silencios.

La famosa foto en el Palacio Nacional, por su parte, parece dar respuestas evidentes sobre la renuncia por parte de Zapata y su Ejército a la disputa del poder. Sin embargo, analizando rápidamente la genealogía del movimiento y sus definiciones estratégicas podemos pensar de manera integral y compleja la guerra zapatista. Tras el Grito de Ayala el 11 de marzo se proclama la Guerra del Sur, haciendo propias las palabras del magonismo “Tierra y Libertad” y “Abajo Haciendas. Vivan Pueblos”. Las rebeliones que se sucedieron no fueron sublevaciones locales fijas, sino que estaban en constante movimiento y siempre a la ofensiva. El movimiento era el siguiente: sublevación – incre-

mento de la fuerza – creación de movimiento. Esa “bola en movimiento” –multitud insurrecta caminando de pueblo en pueblo– (Pineda Gómez, 2014) iba constituyendo la unidad en la lucha misma. Tras la toma de Jojutla (al sur del estado de Morelos), se crea aquel Ejército Libertador, no para reemplazar a aquella bola, sino para potenciarla. De esta manera se gestaba un hecho excepcional, propio de las revoluciones: la unidad entre pueblos (que luchaban por la tierra, contra las haciendas, contra el despojo y la miseria) y el Ejército Libertador (que luchaba por la libertad, contra el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz y luego contra las traiciones de Madero, Huerta y Carranza). La toma de Cuautla el 20 de mayo es la síntesis de esta unidad. Allí el pueblo organizado venció a las fuerzas de seguridad más poderosas del país y en alianza con los Estados Unidos (las fuerzas de “el Quinto Oro”, los Cuerpos rurales, el temido “Batallón de la muerte”, en coordinación con las fuerzas de seguridad federal).

En tres meses y medio (desde las primeras rebeliones en Milpa Alta y Ciudad de México de febrero hasta mayo de 1911) los humildes en la práctica demostraron que eran fuertes y que podían vencer, y que los poderosos, aun con la tecnología de las armas de su lado, podían ser débiles y cobardes. A partir de esto, renuncia Porfirio Díaz dejando clara la fuerza determinante de estas rebeliones y sus demandas.

Sin embargo y a pesar de los embates, el Ejército Libertador –luego transformado en Ejército Libertador del Sur– tenía una perspectiva militar clara: luchar para vencer,<sup>3</sup> y eso significaba tomar el control de la capital del país, derrocar al gobierno usurpador y cumplir el Plan de Ayala. Estrategia que se concreta tras varias campañas el 24 de noviembre de 1914, cuando logran tomar el control de la Ciudad de México. Justo tres años después de la proclamación del Plan de Ayala, se hacen con el control de la capital del país y despliegan su lucha social: acompañan y promueven la creación de sindicatos (como el de electricistas en diciembre de ese año), la creación del primer regimiento socialista del sexo femenino, realizan todos los domingos en el zócalo las instrucciones militares para los trabajadores, además de mítines, movilizaciones y brigadas de trabajo. En este tiempo se da la convergencia de los más pobres del país (campesinos y mujeres de la ciudad) y eso da lugar a la jornada insurreccional más importante del zapatismo.

El proyecto político abarcaba las demandas multisectoriales del pueblo mexicano en general contra las diferentes formas que adquiriría la explotación: “La revolución representa las aspiraciones de varios millones de hombres, la regeneración de un pueblo oprimido [...] hace más de cuatro siglos” (Zapata, 1912).

La llegada y toma de la capital no fue producto entonces de un acto deliberado de un caudillo, ni tampoco un golpe de suerte, fue parte de un plan estratégico –claramente

<sup>3</sup> “Hasta morir o vencer” acaba el juramento a través del cual los zapatistas se comprometían a luchar frente a la firma del Plan de Ayala (Pineda, 2014: 194).

ocultado por el discurso hegemónico y por el sentido común dominante— que el Ejército Libertador desarrolló desde 1911 en adelante. Había zapatistas dentro de la ciudad desde hacía mucho tiempo (en Xochimilco, Iztapalapa, Magdalena Contreras, Milpa Alta, Cuajimalpa, entre otros municipios), pero además estaban muy extendidos en todo el país (Morelos, Guerrero, Puebla, Estado de México, Oaxaca, Tlaxcala, Hidalgo, Michoacán, Sinaloa, Durango, Veracruz, Chiapas). Distintos historiadores se han encargado en las últimas décadas de documentar la presencia y participación de los distintos pueblos en la causa zapatista: Shannan L. Mattiace, Rosalva Aída Hernández y Jan Rus (2002), Víctor Hugo Sánchez Reséndiz (2006), Armando Josué López Benítez y Víctor Hugo Sánchez Reséndiz (2018), Armando Bartra (2019). Había un horizonte de guerra clara y tenía que ver con un horizonte indígena y nacional:

Mexicanos: si esta situación anómala se prolonga; si la paz, siendo una aspiración nacional; tarda en volver a nuestro suelo y a nuestros hogares, nuestra será la culpa y no de nadie. Unámonos en un esfuerzo titánico y definitivo contra el enemigo de todos; juntemos nuestros elementos, nuestras energías y nuestras voluntades y opongámoslos, cual una barricada formidable, a nuestros verdugos; contestemos dignamente, enérgicamente, ese latigazo insultante que Huerta ha lanzado sobre nuestras cabezas; rechacemos esa carcajada burlesca y despectiva que el poderoso arroja, desde los suntuosos recintos donde pasea su encono y su soberbia, sobre nosotros, los desheredados, que morimos de hambre en el arroyo (Manifiesto a la Nación de Emiliano Zapata, 1913).

Además de esto, en diciembre de 1914 se celebra el famoso Pacto de Xochimilco, en el que se sellaba la unión del Ejército Libertador con la División del Norte. Tiempo después toman Puebla y comienzan labores internacionalistas (de esto da cuenta el embajador del Ejército en La Habana y la posterior carta que Zapata enviará a Rusia tras el triunfo de octubre de 1917). Entonces, 1915 se transforma en un año clave para el zapatismo: allí se definió el rumbo y las posibilidades de la revolución. En agosto de ese año se pierde la capital de la república, en manos de los carrancistas y sus aliados.

Este breve racconto histórico debe otorgarnos herramientas empíricas no sólo para debatir críticamente los mitos hegemónicos que se han construido en el pasado, sino las nuevas formas que esa mitología adquiere en el presente. A continuación analizaremos la actualidad del problema.

## A CIEN AÑOS: ZAPATA COMO PÉNDULO

Un mes después del acto de comienzos de año —que enunciamos al inicio de este artículo— se anunciaba la consulta pública que se llevaría a cabo en el Estado de Morelos y Puebla en relación a la continuidad de la construcción de la Termoeléctrica de Huexca. Desde entonces, había pocas noticias sobre el acto oficial que conmemoraría

el centenario luctuoso de Emiliano Zapata: la ex Hacienda de Chinameca había acelerado su reconstrucción –afectada, como la mayoría de los edificios históricos del estado de Morelos, por el sismo del 19 de septiembre de 2017– para ser anfitriona y sede principal del acto nacional; Tlaltizapán también esperaba la llegada de López Obrador –y con éste la promesa de invertir en los arreglos que el Museo del Cuartel General necesita– y una comida junto a algunos familiares de Zapata; Cuautla y el Monumento al Señor del Pueblo imaginaba que la procesión del gobierno debía obligadamente pasar por allí. Tampoco el INEHRM exhibía su programa de actividades y ninguna Universidad Nacional –tal y como Villegas había prometido– se hacía cargo del mandato oficial. A dos meses de su conmemoración, los actos institucionales parecían un misterio que, aunque para algunos sólo mostraba cierta desprolijidad producto de la transición de gobierno, daba cuenta del inicio de una crisis de legitimidad en torno a la apropiación de Zapata.

El asesinato de uno de los principales opositores a dicho megaproyecto, Samir Flores (miembro a su vez del Congreso Nacional Indígena -CNI-), a escasos días de comenzar la consulta por la Termoeléctrica en Huexca, dio como resultado un escenario de inconformidad y rechazo por parte de las principales comunidades afectadas (de Morelos y Puebla, principalmente), que a su vez anunciaron que de hacerse el acto oficial en Chinameca se realizaría un boicot al mismo.<sup>4</sup>

A partir de ese momento la reafirmación popular de la imagen de Zapata cobró vigencia y el Estado debió reestructurar su estrategia oficial para el acto que se celebraría el 10 de abril. Hasta unos días antes de la fecha los detalles del acto seguían sin ser claros, aunque tras los resultados de la consulta<sup>5</sup> y el eco mediático, nacional e internacional, del asesinato del líder de la comunidad indígena de Amilcingo, las sospechas alrededor de la ausencia del presidente en actos públicos se hacían cada vez más certeras.

Finalmente el acto oficial se redujo a uno privado y selecto en Cuernavaca que inició con las palabras de Porfirio Muñoz Ledo, presidente de la Cámara de Diputados, quien se encargó de reubicar a Venustiano Carranza en el panteón revolucionario, junto a Zapata y Villa: “El punto de encuentro entre los dos proyectos es el artículo 27 y el 123 de la Constitución de 1917”, y concluye: “La historia confluye generalmente en síntesis, válidas en la medida en que reflejan las aspiraciones de un pueblo en un tiempo determinado. Por ello, hemos llegado hoy a una cuarta etapa de la transformación nacional, que habrá de confluir en una síntesis de la realidad de nuestro tiempo y de la voluntad popular. Este es el mejor homenaje que podemos rendir a Emiliano Zapata”.

<sup>4</sup> Ver nota completa en <https://www.animalpolitico.com/2019/02/amlo-termoelectrica-morelos-radicales-izquierda/>

<sup>5</sup> Ver resultados en <https://www.animalpolitico.com/2019/02/consulta-termoelectrica-huexca-resultados/>

Por su parte, López Obrador retomó su línea principal de relato de la historia nacional: tres transformaciones principales (la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana) coronadas por la cuarta y última encabezada por su gobierno. En este racconto López Obrador nombra a Madero y explica que el problema entre él –“el apóstol de la democracia”– y Zapata tuvo que ver con “gente que no quería la justicia social y por circunstancia de distinta índole no se logró ese acuerdo”. A su vez, explica aquel episodio en que Madero –siendo ya presidente– le ofrece tierras a Zapata “por los servicios a la revolución” como un acto ingenuo –“ya que al venir del norte no entendía la comunidad agraria”– y no como una ofensa o como un intento de compra de su voluntad.

A casi un mes y medio del asesinato del líder indígena, y sin ningún esclarecimiento del caso y con una aparente justificación –u omisión– por parte del Estado<sup>6</sup> de dicho suceso, López Obrador retomó en su discurso la justicia como su principal bandera, además de nombrar los planes sociales que ya se habían implementado en Morelos como un mecanismo de distracción para la audiencia o de balanza económica que inclinaba la narración hacia una aprobación integral de su gestión.

Entre los artículos y las entrevistas que algunos intelectuales hegemónicos aportaron a este debate, resaltan Javier Garciadiego, Felipe Ávila y Pedro Salmerón. El primero abogado en defender la figura de Venustiano Carranza y en la no responsabilidad de éste frente al asesinato de Zapata. Según él, la culpa fue del propio Zapata y su debilidad –producto de una mala estrategia y de una epidemia mortal sobre la población morelense, negando que hubiese un plan sistemático por parte del Estado federal en atacar a las comunidades zapatistas– al haberse entregado a las trampas de Guajardo. En opinión del historiador, el asesinato del revolucionario se dio a partir de un hecho específico: Zapata aceptó negociar con Jesús Guajardo:

“¿Por qué? porque Zapata estaba en una situación de crisis brutal: perdió el control militar de Morelos y la relación con las comunidades dejó de ser idílica, y estaba en una pobreza de municiones”, indica. Garciadiego explica que Guajardo le ofreció falsamente a Zapata 12 mil cartuchos y un contingente de casi mil hombres. “Hubo una traición horrenda, sí; pero la situación de debilidad del zapatismo es la que explica que Zapata haya aceptado negociaciones con Guajardo y no es con el único carrancista con quien estableció relaciones, ya había buscado meses antes a Cesáreo Castro, por ejemplo” (*Crónica*, 9/04/2019).

---

<sup>6</sup> En la mañana del 20 de febrero, tras la confirmación de la muerte de Samir Flores, en su conferencia de prensa matutina, López Obrador aseguró que dicho asesinato quería manchar e impedir el proceder de la consulta por la Termoelectrica y que la misma iba a continuar: “Es un crimen vil, cobarde, vamos a investigar para que se esclarezca este crimen y vamos a seguir con la consulta porque no sabemos con qué intención se cometió este crimen, a lo mejor, entre las posibilidades era afectar la realización de la consulta”.

En agosto de este año, a propósito del aniversario del natalicio de Emiliano Zapata, Garciadiego participó de una conferencia en el Colegio Nacional. Su análisis implicó el desarrollo de ciertos puntos: la idea de que el movimiento zapatista fue sólo morelense, agrario y que miró “para adentro” ya que “no les gustaba salir de Morelos”; que el zapatismo fue un movimiento de “baja intensidad” porque en términos militares llevó a cabo un frente defensivo; que Emiliano Zapata perteneció a una clase social “media alta” y que por eso pudo ser líder; y que el zapatismo fue romántico e idealista y que su fracaso tuvo que ver con la aceptación por parte de la mayoría de sus bases del artículo 27 y el reparto agrario por parte del Estado. A su vez, se esforzó por argumentar la inexactitud del término “usurpación” de las tierras por parte del zapatismo debido a que en realidad había habido compraventa de terrenos de las comunidades. Por último, criticó el uso del concepto de “genocidio” para hablar de ese periodo por ser anacrónico. Esta conferencia da cuenta de las polémicas que aún perviven en la actualidad y la vehemencia con que se logra defender una u otra interpretación: ¿Lucha erudita entre historiadores? ¿Vocación académica imparcial y sin inclinaciones políticas? ¿Es esto lo que está en juego y son esas las motivaciones que han llevado a la reconstrucción de los relatos oficiales?

Felipe Ávila, en su intento de “desmitificación” del zapatismo, también incluye la debilidad estructural, de relaciones al interior del Ejército Libertador del Sur y problemas de índole moral, como las razones del decaimiento y fracaso del zapatismo. En el artículo de su autoría que se publicó en la edición especial de la revista *Proceso* (“¡Viva Zapata! A cien años de su asesinato”) logra ubicar los problemas de la construcción estatal de la imagen de Zapata y de la apropiación de la idea de una reforma agraria “muy distinta a la de Zapata [...] en la que los pueblos recuperaban de inmediato las tierras que les pertenecían y las defendían con las armas en la mano, es decir una reforma agraria desde abajo, plebeya, sin intervención del Estado” (Ávila, 2019: 18).

En esa edición especial llama la atención que la mayoría de artículos de carácter histórico le pertenecen a Enrique Krauze, historiador liberal y orgánico del régimen priísta, escritos hace más de 30 años. Textos que están plagados de romanticismo, notas amarillistas sin ningún fundamento real y que sostienen una mirada minimalista del movimiento zapatista con una clara vocación a subestimar las capacidades del campesinado. Una postura racista y ajustada a los cánones oficiales: “Anenecuilco, fue la verdadera patria de Zapata. De aquel pequeño universo no sólo conocía toda la historia: la encarnaba. Todo lo demás le era abstracto, ajeno” (Krauze, 1987). De esta manera se exalta su arraigo local negando su visión general, nacional, de la pelea. Sus textos están plagados de notas que pueden pasar desapercibidas y que sin embargo cargan de significativa la imagen dominante de Zapata: “Este rancho independiente no era borracho (aunque le gustaba el coñac) ni parrandero (aunque le encantaba la feria de San Miguelito cada 29 de septiembre) ni jugador (aunque no se separaba de

su atado de naipes), pero sí muy enamorado” (1987). ¿Cuál es el contenido crítico, el valor histórico de aquella adjetivación? Mecanismos para desacreditar sutilmente la eticidad política de los sectores populares. Cierra el artículo enfatizando la inevitabilidad de la derrota de los movimientos campesinos y una evidente incompreensión sobre el carácter popular de las revoluciones latinoamericanas:

Como el de todas las revoluciones campesinas en el siglo XX, el destino del movimiento zapatista y de su propio caudillo tenía que ser esencialmente trágico. Pero si su tierra se perdió en un enjambre de traiciones, ambiciones y banquetas, la propia tierra nos devuelve, una y otra vez, su símbolo, inaprehensible para la historia pero cercano a la religión (1987).

Explicaciones que carecen de argumentaciones sólidas y llenas de misterios de novela y de *destinos manifiestos*. Apreciaciones cargadas de mitologías y de fantasías que alimentan un sentido común dominante que no ayuda a repensar críticamente los procesos sociales, sino que reproducen el mito político de la subestimación popular y de su incapacidad para pensar y proyectar políticamente.

Por su parte, Pedro Salmerón –sosteniéndose indirectamente sobre estos puntos– reafirma la culminación del Plan de Ayala en el gobierno de la Cuarta Transformación:

¿El actual gobierno se identifica con Zapata? Numerosos movimientos campesinos e indígenas dicen que no. Otros tantos dicen que sí. ¿Cómo resolverlo? Hay tres ofertas de campaña del actual Presidente: su compromiso con el Plan de Ayala del siglo XXI, su oferta de elevar a rango constitucional los acuerdos de San Andrés. La propuesta de revertir las contrarreformas al artículo 27... y otra: el compromiso de que no habrá megaproyectos sin la anuencia de las comunidades y los pueblos originarios... si vienen, se habrá resuelto, creo yo, la pregunta (*La Jornada*, 16/04/2019).

Intelectuales críticos, como el historiador del zapatismo Francisco Pineda Gómez, optaron por aseverar que el asesinato de Zapata fue parte de un plan sistemático de aniquilamiento de la población civil de Morelos que comenzó con Francisco I. Madero y sus incursiones militares y continuó con la dictadura de Huerta y principalmente con las invasiones carrancistas, que se correspondieron con un genocidio que llegó en parte a terminar con la mitad de los habitantes de ese estado. Teoría que va contra el discurso oficial que aminora la responsabilidad de Carranza e intenta reubicarlo nuevamente en el panteón revolucionario, donde todos confluyen “a pesar de sus diferencias”:

Los carrancistas decían que Zapata tuvo una vida miserable y vulgar, y por su cretinismo congénito y por su inferioridad mental, fue simplemente un bandolero, un criminal, un azote maldito de su propia tierra natal. Ese es el pensamiento racista que guió las operaciones genocidas del carrancismo. Tampoco se puede explicar el genocidio sin el apoyo militar de Estados Unidos. Estados Unidos apoyó las operaciones de Carranza, por ejemplo, con la invasión a Chihuahua. 35 mil soldados estadounidenses entraron

a México, invadieron México, y 150 mil más que estuvieron desplegados en la frontera, que eran de la Guardia Nacional, modelo imperialista y contrarrevolucionario. Esta invasión le permitió al Gobierno de Carranza trasladar fuerzas del norte para invadir Morelos y hacer el genocidio. Además recibió de Estados Unidos grandes cantidades de municiones y armamento. No se podría entender el genocidio sin ametralladoras, artillería, grandes cantidades de municiones. Eso señalo en el libro con fuentes documentales. Hay gente que dice que no existió eso. Los historiadores del carrancismo dicen: no, eso no existió, pero no dicen sus fuentes. Hay que ver los archivos, donde se concentraron informes militares semanales (*Sin Embargo*, 27/04/2019).

Por su parte, el CNI emitió un comunicado que se transmitió en el acto que los movimientos sociales realizaron frente a la ex Hacienda, donde originalmente se realizaría el homenaje oficial. En él reafirman la continuidad del saqueo y la opresión a la par de la resistencia en su contra. Denuncian la responsabilidad del Estado en el asesinato de Samir Flores, a la vez que lo ubican junto a Zapata como representante legítimo de los idearios campesino-indígenas:

A cien años del asesinato del compañero general Emiliano Zapata nos declaramos en alerta ante la urgencia con la que las empresas y los mercenarios en los que se respaldan y que están tanto en el gobierno como en los cárteles de la delincuencia organizada, de una forma salvaje y letal están apropiándose de nuestros territorios, parándose sobre la destrucción que han dejado no solo en nuestro país, sino en el mundo.

Es ese gobierno neoliberal, que muchos pensaron que era de izquierda, el que no solo declaró la guerra a nuestros pueblos, sino que es parte de la guerra contra la humanidad, esa que no da tregua a la vida porque no representaría ganancias.

Analizar estas miradas nos permite entender el abanico de argumentaciones que sostienen el discurso oficial y sus críticas, fundadas también en las fuentes primarias. Leer la historia desde este prisma debe empujarnos a considerarla, siempre y en particular en este nuevo ciclo político que busca legitimación constante a través de la apariencia de las “nuevas formas”, como un arma de construcción de sentidos comunes dominantes que sostienen una manera particular de pensar las posibilidades de una verdadera transformación: si aquel mito fundante del movimiento revolucionario, campesino y popular, que encabezó Zapata estaba destinado a fracasar (por su debilidades, por sus intrigas internas, por su incapacidad militar), ¿qué posibilidades existen en el presente de que vuelva a suceder una revolución?

El discurso oficial dice hoy: no hace falta pensar en eso porque la revolución actual es la Cuarta Transformación, en ella se cumplen los ideales de Zapata. Dentro de este espectro hay posiciones más conservadoras, como las que están teñidas por un racismo velado: la incapacidad de los pueblos para organizarse y pensar estratégicamente.

Sin embargo, a pesar de todo esto, el actual gobierno no pudo, como antaño intentaría en un contexto de crisis Salinas de Gortari, apropiarse de la figura de Zapata como



estaba planeado. Los sucesos de febrero y marzo dieron pie a que la memoria rebelde del zapatismo reaparezca con fuerza impidiéndole al Estado hacerse del discurso y el territorio mordelones en relación a la revolución. La ausencia en Chinameca y la presencia allí de expresiones diversas dentro del movimiento social, dieron cuenta de ello.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

En junio de este año, Armando Bartra tituló la editorial del número 141 de la Jornada del Campo como: “Los megaproyectos de Emiliano Zapata. De la Comuna de Morelos a la Cuarta Transformación”. En él traza una continuidad directa entre la forma económica que adoptó el periodo en el que los zapatistas tomaron el control de Morelos y los “megaproyectos” que hoy en día intenta implementar el gobierno de López Obrador en distintas partes del país, haciendo alusión explícita a la Termoeléctrica de Huexca. Esa línea argumentativa que traza Bartra (2019) intenta construir un discurso que equipara la estrategia político-económica de Emiliano Zapata en un contexto de guerra y constante ataque que sufrían el Ejército Libertador del Sur y los pueblos que estaban levantados, con la de la instalación de proyectos económicos cuyas consecuencias socioambientales están probadas y van contra la voluntad originaria de los pueblos. El autor, en una clara continuidad con la mirada romántica de la escuela de Womack, enuncia “la única razón” por la que los pobladores de las zonas afectadas se oponen a la Termoeléctrica: seguir siendo campesinos. De esta manera, minimiza el cuestionamiento general que existe realmente: la pérdida de caudal y la contaminación del río Cuautla, la zona sísmica del Popocatepetl que recorrerá el gasoducto que alimentará la Termoeléctrica y los intereses económicos que hay detrás del Proyecto Integral Morelos, del que la Termoeléctrica es sólo un ejemplo (De Ita, 2019; Chévez, 2019; Fernández y López García, 2019). Así como se oculta el proyecto político general que había esgrimido, se tergiversan en función de los intereses del gobierno actual los profundos reclamos sociales que existen en los pueblos de Morelos. El uso del pasado se pone en juego nuevamente. La necesidad de trazar la continuidad entre Zapata y López Obrador a partir de un relato superficial y anacrónico pone en el centro la actualidad del mito y, por ende, la obligación académica de cuestionar lo verídico de aquel recuento.

El objetivo de aquella, como de las otras interpretaciones que nombramos, es no sólo borrar la esencia, el programa político-militar zapatista, sino negar la capacidad de disputa por el poder y de construcción autónoma de los sectores populares. Cada cultura y cada época definen un paradigma de recuerdos y olvidos (Pineda Gómez, 2009), y el discurso oficial buscará exterminar las significaciones rebeldes, incorporando sólo algunos elementos ajustados, edulcorados. El problema sería entonces

reproducir las exclusiones que el sistema de dominación imprime. El desafío cultural implicaría por tanto ir más allá de una resignificación de los valores hegemónicos, rompiendo el orden natural para acabar con la propia vigencia del paradigma de dominación.

La importancia de reconstruir la genealogía de los discursos, nos sugería Foucault, tiene que ver con comprender que el pasado es algo reconstruido y fabricado, y que finalmente aquello que se recuerda depende fundamentalmente de la forma como hoy se nos presenta, se nos dice, se nos muestra. Y aquello sale a la luz a la hora del combate que se desata en el tiempo presente, una lucha por crear y difundir una determinada imagen del pasado.

Discutir el sentido común dominante no implica únicamente descifrar de forma erudita el santo grial de la verdad. Implica, en primer lugar, encontrar las consecuencias sociales, culturales y políticas de la construcción de aquellos mitos; y en segundo lugar, hacerle justicia al pasado para traer al presente sus sentidos y la actualidad de un tiempo que sigue vigente. Emiliano Zapata y el pueblo en armas que se había alzado tenía claro el diagnóstico que sufría el país y los caminos para un desarrollo autónomo que respondiese a los verdaderos intereses populares. No era el deseo de los campesinos de conservar su condición a costas del interés nacional sino la conciencia crítica y política que implicaba la lucha por la liberación del país:

La nación mexicana es demasiado rica. Su riqueza, aunque virgen, es decir, todavía no explotada, consiste en la agricultura y la minería; pero esa riqueza, ese caudal de oro inagotable, perteneciendo a más de quince millones de habitantes, se halla en manos de unos cuantos miles de capitalistas y de ellos una gran parte no son mexicanos. Por un refinado y desastroso egoísmo, el hacendado, el terrateniente y el minero, explotan una pequeña parte de la tierra, del monte y de la veta, aprovechándose ellos, de sus cuantiosos productos y conservando la mayor parte de sus propiedades enteramente vírgenes, mientras un cuadro de indescriptible miseria tiene lugar en toda la República (Manifiesto a la Nación de Emiliano Zapata, 1913).

Es que en todo lo anterior se esconde el desafío cultural imperante: desarmar el orden natural e impuesto, recuperando las historias olvidadas de la rebeldía, yendo en contra de la historiografía oficial que niega las posibilidades de vencer y los procesos comunes. ¿Qué se exalta y qué silencios se perpetúan? ¿Qué conceptos y acepciones se absolutizan tras la identificación de sus definiciones con un momento de la historia? ¿Cómo se lleva a cabo, cuáles son los medios a través de los cuales, las contradicciones, las luchas, las resistencias, los golpes del devenir histórico se borran para transformarse en discursos cerrados y homogéneos fáciles de repetir? Aquellos son los límites y contradicciones del uso del pasado, dentro y fuera del Estado, a favor o en contra de la dominación.

Los zapatistas tenían su propio sentido de la historia: un recuerdo vivo de los agravios y traiciones cometidos sobre sus pueblos que creaba conciencia e identidad. En esa historia de lucha y resistencia, el sometimiento se percibía como algo reversible, no como una condición permanente e imposible de transformar. La historia entonces aparecía como la comprobación de que las cosas podían ser distintas. Los símbolos no eran adornos, sino que contenían la herencia de quienes los antecedieron en la batalla por la independencia de México. Así lo demuestra el *Grito* en Villa de Ayala, en el cual rescatando el legado de la Guerra de Independencia llamaron a levantarse en armas a las 11 de la noche en el kiosco de Villa de Ayala –recreando las escenas del cura Hidalgo–, abriendo la cárcel e iniciando una marcha por los pueblos. El estandarte guadalupano en la entrada a la Ciudad de México y la consigna “mueran los guachupines” revive de manera histórica la gesta antepasada:

No era un arcaísmo la dimensión histórico que los zapatistas fueron a su lucha. Tampoco pura memoria de los agravios, desde que fueron despojados de su territorio a través de una guerra. Sino una realidad, tan cotidiana para ellos, como para los hacendados españoles (Pineda Gómez, 2014: 34).

El relato oficial del pasado, si no se lo cuestiona y disputa constantemente, funciona como mediación subjetiva de la dominación y la creación de una identidad nacional *ad hoc*. Los esfuerzos por transformarlo en un arma para la liberación se vuelven urgentes y la memoria se impone por sobre el discurso dominante. La ideología, la subjetividad, la memoria, se transforman entonces en elementos teórico-prácticos que es necesario reubicar en el análisis coyuntural actual. Esa es una de las tantas lecciones zapatistas que cobran vigencia hoy más que nunca.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA, F. (2019); “El caudillo, patrimonio de los campesinos”, en *Proceso*, Edición Especial 58, abril.
- BARTRA, A. (2019); “Los megaproyectos de Emiliano Zapata. De la Comuna de Morelos a la Cuarta Transformación”, en *La Jornada del Campo*, núm. 141, 15 de junio.
- \_\_\_\_\_ (2019); *Los nuevos herederos de Zapata. Un siglo de resistencia, 1918-2018*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BENJAMIN, W. (2001); *Tesis de filosofía de la historia*. México: Etcétera.
- BENJAMIN, T. (2005); *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*. Trad. de M.E.M Rodríguez. México: Taurus.
- BRAVO SORIA, M. (2017); “Contrainsurgencia simbólica y subjetividad. Zapata: el miedo al otro”, en *Subjetividad y Cultura*, núm. 32. <http://subjetividadycultura.org.mx/category/no-32-marzo-2017/textos-32/>

- BRUNK, S. (2000); “La muerte de Emiliano Zapata y la institucionalización de la Revolución mexicana (1919-1949)”, en Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*. México: INAH.
- CHÉVEZ, L. (2019); “Proyecto Integral Morelos: sin licencia de las poblaciones afectadas” en *La Jornada del Campo*, 16 marzo. <https://www.jornada.com.mx/2019/03/16/cam-proyecto.html>
- DE ITA, A. (2019); “La autosuficiencia energética en las tierras de Zapata”, en *La Jornada*, 21 de febrero. <https://www.jornada.com.mx/2019/02/21/opinion/016a2pol>
- ECHEVERRÍA, B. (2010); *Definición de la cultura*. México: FCE/ Itaca.
- FERNÁNDEZ F, A. y LÓPEZ GARCÍA, A. (2019); “El PIM, el negocio, el riesgo y el desastre”, en *La Jornada del Campo*, 16 de marzo. <https://www.jornada.com.mx/2019/03/16/Images/delcampo138.pdf>
- FOUCAULT, M. (2004); *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.
- GARCIADIEGO, J. (2019); “Carranza no ordenó exterminar a los zapatistas”, en *Crónica*, Entrevista, 9 de abril. <http://www.cronica.com.mx/notas/2019/1115732.html>
- GILLY, A. (2015); “Tres concepciones de la Revolución mexicana (1971)”, en VVAA (comps.), *Antología del pensamiento crítico mexicano contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20151026102807/AntologiaMexico.pdf>
- GIRARDET, R. (1999); *Mitos y mitologías políticas*. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva visión.
- KNIGHT, A. (1989); “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana”, en *Secuencia*, núm. 13. <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/241>
- KRAUZE, E. (1987); *El amor por la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEÓN-PORTILLA, M. (1978); *Los Manifiesto en nahuatl de Emiliano Zapata*. México: UNAM.
- LÓPEZ BENÍTEZ, A. J. y SÁNCHEZ RESÉNDIZ, V. H. (coords.) (2018); *La utopía del Estado: genocidio y contrarrevolución en territorio suriano*. México: Libertad Bajo Palabra.
- MARTÍNEZ HEREDIA, F. (2009); *Andando en la historia*. La Habana: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.
- MATTIACE, S.L., HERNÁNDEZ, R.A. y RUS, J. (eds) (2002); *Tierra, libertad y autonomía: impactos regionales del zapatismo en Chiapas*. México: CIESAS/IWGIA.
- PÉREZ MONTFORT, R. (2006); “Zapata y Cárdenas: notas sobre una relación de destiempo”, en *Anuario de Historia*, vol. 1. <http://www.journals.unam.mx/index.php/anhist/issue/view/2597/showToc>
- PINEDA GÓMEZ, F. (2014); *La irrupción zapatista (1911)*. México: Era.
- \_\_\_\_\_ (2009); “Justicia sin verdugo: la memoria de la cultura y los desafíos de la memoria”, en *Rebeldía*, núm. 36.
- \_\_\_\_\_ (2010); “Operaciones del poder sobre la imagen de Zapata, 1921-1935”. [http://www.bibliotecas.tv/zapata/bibliografia/indices/operaciones\\_del\\_poder\\_sobre\\_la\\_imagen\\_de\\_zapata.html](http://www.bibliotecas.tv/zapata/bibliografia/indices/operaciones_del_poder_sobre_la_imagen_de_zapata.html)
- \_\_\_\_\_ (2013); *La Revolución del sur (1912-1914)*. México: Era.

- PINEDA GÓMEZ, F. (2019); “Hace 100 años hubo genocidio en México y hoy hay otro; en ambos, EU metió mano, dice Pineda Gómez”, en *Sin embargo MX*, 27 de abril. <https://www.sinembargo.mx/27-04-2019/3570774>
- PINEDA GÓMEZ, F. (2019b); “Historia oficial de la Revolución oculta datos: Pineda Gómez”, en *La Jornada*, 31/05/2019. <https://www.jornada.com.mx/ultimas/cultura/2019/05/31/201chistoria-oficial-de-la-revolucion-oculta-datos201d-pineda-gomez-1961.html>
- RUEDA, S. (2000); “Emiliano Zapata, entre la historia y el mito”, en Federico Navarrete Linares y Guilhem Olivier (coords.), *El Héroe entre el mito y la historia*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- SALMERÓN SANGINÉS, P. (2019); “Discutir a Zapata, vivo”, en *La Jornada*, Opinión, 16 de abril. <https://www.jornada.com.mx/2019/04/16/opinion/018a1pol>
- (2014); *Falsificadores de la historia y otros extremos*. México: Ítaca.
- SÁNCHEZ RESÉNDIZ, V.H. (2006); *De Rebeldes Fe*. Cuernavaca: Editorial la rana del sur.
- SEMO, E. (2015) “El ciclo de las revoluciones mexicanas (2012)” en VVAA (comp.) *Antología del pensamiento crítico mexicano contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20151026102807/AntologiaMexico.pdf>
- SOTELO INCLÁN, J. (2011); *Raíz y razón de Zapata*. México: CONACULTA.
- TRAVERSO, E. (2007); *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales.
- WOMACK, J. (2004); *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI.
- ZAVALETA MERCADO, R. (1979); *Las formaciones aparentes en Marx*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- (2009); *La autodeterminación de las masas*. Bogotá: Siglo del Hombre/CLACSO.

## FUENTES PRIMARIAS

Proceso, Edición Especial 58 (2019).

La Jornada (1992 y 1994).

El Nacional (1920-21-22 y 1937-1938-1939-1940).

Manifiesto a la Nación de Emiliano Zapata (1913).

Declaración de Chinameca – Pronunciamiento del CNI y del CIG a 100 años del asesinato del General Emiliano Zapata (10 de abril de 2019).

